

quienes desprecia y aborrece, despues de haber creído amarlas. Así acaba su agitada vida; y al llegar á su término, ¿qué es lo que encuentra? ¿Ha llenado la medida de sus deseos? Tal vez ni un dia entero se ha visto satisfecho. Al hombre, nada de terreno puede satisfacerle. El corazon, dice hablando de sí mismo San Agustin, que lo probó todo, el corazon del hombre siempre está inquieto hasta que descansa en el soberano Bien, término legitimo de su deseo de felicidad: ese término legitimo, ese Bien soberano, es Dios (1).

¿Quereis oirlo de boca de un hombre de nuestros dias, que lo dijo en ocasion solemne en la cátedra de la verdad, ante muchos de sus antiguos compañeros? Escuchadle. «He corrido el mundo, le he conocido, le he amado, y he aprendido una verdad, y es, que nadie en él posee la felicidad. Yo la he buscado, y para encontrarla he recorrido las ciudades, he atravesado los reinos, he surcado los mares; la he buscado en las noches poéticas de un clima delicioso, en las limpias aguas de los lagos suizos, en los espectáculos más grandiosos de la tierra; la he buscado en la vida elegante y franca de los salones, en festines suntuosos, en el aturdimiento de las fiestas y bailes; la he buscado en la posesion del oro, en las emociones del juego, en las ilusiones de la novela; la he buscado en las doctrinas y utopias sociales, en la satisfaccion del amor propio y de una ambicion desmedida, y en los goces del amor; la he buscado en la gloria del artista, en la fe de un amigo, y en la intimidad de los hombres célebres. ¿Dónde no he buscado, Dios mio, ese

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August., Confess. lib. 1, cap. 1.) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (Id., lib. 13, cap. 8.)

ídolo de mi corazon, ese ensueño de todos los días y de todas las horas? ¡Ay! en ninguna parte lo he encontrado. Y vosotros, amigos míos, ¿habeis hallado esa felicidad? ¿No os falta nada? ¡Ah! paréceme que aquí, como en todas partes, oigo levantarse del fondo de los corazones un lúgubre concierto de gemidos y de quejas: paréceme que de vuestros corazones se escapa el grito unánime de la humanidad: ¡Felicidad, felicidad! ¿Dónde estás, dime, dónde estás y lo sacrificaré todo por ti; salud, fortuna, días de mi vida, todo para ti..... Yo la he encontrado, por fin, y vengo á deciroslo para que la encontréis como yo. Para que nuestro corazon sea feliz, necesita de un bien incorruptible, inalienable, infinito, eterno, que reuna en sí todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfeccion. Ya podeis comprenderme; vuestra misma razon lo dice: no hay más que un bien de esta naturaleza; ese bien es Dios. Yo lo he encontrado; y, sabedlo, sobreabundo de gozo, mi corazon está colmado de felicidad; mi pecho ya no puede contener este volcan, y os convido á que tomeis parte en esta dicha que me inunda.» Así habla, Señores, ese hombre que ayer brillaba en la sociedad parisiense, en sus salones, en sus teatros, y hoy vive en el claustro de los hijos del Carmelo: se llama Agustin del Santísimo Sacramento; antes le llamaban Hermann Cohen (1).

Dios, Señores; hé aquí el sumo bien, el bien único, la suprema felicidad. ¿Quién se lo mostrará al hombre, quién le conducirá á él? El Catolicismo; solo el Catolicismo. Ved cómo lo hace. El hombre ha nacido para la felicidad; debe aspirar á ella. El hombre no puede vivir

(1) Sermon predicado en la Catedral de Burdeos en 10 de Noviembre de 1853, y en la iglesia de San Sulpicio en Paris en 1854.

sin pasiones: el catolicismo no condena las pasiones, que son como los coadjutores de la gran pasión de la felicidad; para quitárselas, fuera menester arrancarle el corazón. Lo que hace es restablecer la armonía que destruyera el pecado, desordenando y desviando de su fin legítimo las pasiones. La felicidad requiere como base la paz y el orden; el orden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo: la armonía se funda en la gradación. El hombre, ser compuesto de dos partes enteramente distintas, aunque misteriosamente enlazadas, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, es un pequeño compendio de todos los seres, un mundo en miniatura (1), en que se juntan una imagen de Dios, que es el alma, y una imagen de los seres materiales, que es el cuerpo. El alma, como espíritu é imagen de Dios, es superior al cuerpo; y para que haya gradación, armonía y orden, preciso es que el alma domine al cuerpo, instrumento que Dios le ha dado para ejercer sus nobles funciones y elevarse á la grandeza. A su vez el alma ha de estar subordinada á Dios, que es su Creador, su principio y su fin.

Considerando al hombre de esta manera, le dice el Catolicismo: ¡O hombre! Tú has nacido para la grandeza y la felicidad, y á ella debes aspirar sin descanso. Si tu cuerpo te hace igual al bruto, tu alma te eleva y te hace superior á todo lo visible. No fijes en esto el corazón, porque todo es menos que tú, y te degradas uniéndote á ello. Eres imagen de Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor, de su misma vida. Busca, pues, un término digno de tu inteligencia, de tu amor, de tu vida. Busca un bien que sea más que tú,

(1) In homine collecta est omnis creatura, et ideo microcosmos. (S. Thom. Villan., Serm. 3 in Nativ. B. M. V.)

que pueda dar algo superior á lo que tú tienes en ti mismo, para que te eleves á su altura. Ese bien, ese término solo es Dios, el eterno, el inmutable, el infinito, la verdad, la belleza, la bondad por esencia (1). Tú has nacido para él, te dice San Agustín; has nacido para conocerle; conociéndole, amarle: amándole, poseerle; y poseyéndole, gozarle (2); y de este modo satisfacer el hambre de tu inteligencia con la verdad eterna, los deseos insaciables de tu corazón con el amor infinito, y las aspiraciones de todo tu ser con la bondad esencial y sin límites. Para que le conozcas te ha dado la razón; y porque esta se ha oscurecido, te ha otorgado misericordioso otra luz, otra ciencia superior, la fe con la revelación de sus atributos y grandezas. Para que le ames te ha dado el corazón, que no puede vivir sin amar; para que le busques y le merezcas, te ha dado el alma y el cuerpo; para que te eleves sobre las criaturas, te ha dado esa noble ambición de grandeza; para atraerte por el engrandecimiento, te ha enriquecido con sus dones; para que aspire á él con ferviente deseo; para que te goces en él, te ha infundido ese anhelo de perfeccionarte en todo, esa gran pasión de amar, que él solo puede satisfacer. Todo te lo da; todo es tuyo (3); y solo pide tu amor, que seas de él y para él (4).

¡Qué sublimidad, Señores, cuánta grandeza hay en esta doctrina, que en nada se aparta de la naturaleza

(1) Non est creaturæ rationalis vel intellectualis bonum quo beata sit, nisi Deus. (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 12, cap. 1.)

(2) Fecit Deus rationalem creaturam quæ summum Bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo frueretur. (Id. de diligendo Deo, cap. 2.)

(3) I Corinth. III, 22.

(4) Deut. XXVI, 18; Prov. XXIII, 26.

del hombre! Le presenta el término á que ha de aspirar, para satisfacer su deseo de felicidad; le da como medios de llegar á él, cuanto es y cuanto tiene; y le enseña el modo de usar de todo, para que en todo encuentre la satisfaccion de sus inmensos deseos. Segun ello, pues, Dios no es para el hombre un bien accesorio, accidental y pasajero; es un bien final, esencial y necesario; y el alma humana, con toda la fuerza de su voluntad, con toda la impetuosidad de su instinto, busca á Dios aun en las cosas que le apartan de él. El sábio, buscando la verdad, busca á Dios, verdad esencial; el artista, el literato, buscando la belleza, buscan á Dios, ideal de toda belleza. El hombre que quiere gozar busca el bien, busca bienes que no acaben; y la belleza suprema, la verdad eterna, el bien infinito, es Dios. Por ello decia San Dionisio, el hombre no puede menos de buscar á Dios en todo lo que conoce, en todo lo que ama (1). Yerra, como dice San Pablo de los filósofos antiguos, que adoraron como Dios á la criatura para satisfacer sus pasiones (2): pero en esto mismo, elevando á las criaturas, para adorarlas, á un rango divino, prueba que tiene un instinto, una inclinación natural á acercarse á Dios, á estar en su compañía, á unirse íntimamente con él, para ser participante de su felicidad.

Y ¿cuál es el lazo de esta union? La caridad, hermanos míos, el amor. No puede ser otro. Ese lazo ha de nacer de la naturaleza de los séres, que se buscan para unirse; ha de haber relacion simpática entre ellos. La naturaleza de Dios es amor (3); y amor es la del hombre,

(1) S. Dionys. Areopag., de divin. nominib.

(2) Rom. I, 25.

(3) I Joann. IV, 8.

semejante á Dios. Entre todas las pasiones del hombre, la reina es el amor: ni una respiracion de su pecho, ni un latido de su corazon sin amor, porque él es la vida del corazon, y el que no ama está como muerto (1). Hé aquí por qué Dios resume todo lo que quiere del hombre, en estas palabras: «Me amarás con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas (2).» Hé aquí por qué compendia todo lo que promete al hombre en la tierra en esta otra frase de Jesucristo: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos á él, y pondremos nuestra morada en su corazon (3).» Hé aquí, finalmente, por qué San Pablo dice, que en el cielo desaparecen la fe y la esperanza, y solo subsiste la caridad (4). Es, Señores, que Dios quiere la felicidad de su criatura: y la paz que la produce, dice el venerable Beda, solo la da el amor de Dios cuando entra á llenar el corazon del hombre (5). Grande es, exclama San Lorenzo Justiniano, grande es el don de la caridad, por la cual se alcanza la paz en una y en otra vida. A medida del grado de la caridad, se consigue el descanso de la paz y del goce divino. Donde aquella falta, falta tambien la paz del alma, la esperanza de la eterna recompensa; porque la paz del alma que ella produce, es un bien suave y agradable, por el cual la conciencia se conserva sin mancha, se destierra la tristeza, se aleja la desconfianza, se eleva el espíritu en contemplacion sublime, y poseyéndose el hombre á sí

(1) Qui non amat etiam dum vivit, mortuus à corde est: vita enim cordis, amor est. (S. Thom. Villan., Conc. 1 in Dominic. XVII post Pentec.)

(2) Matth. XXII, 37.

(3) Joann. XIV, 23.

(4) I Corint. XIII, 8, 13.

(5) In quocumque corde Deus per gratiam sui adest amoris, omnem tempestatem compressam facit. (Beda in Marc. cap. 6.)

mismo, se acerca á Dios, sobreabunda de gozo interior, se hace amable al prójimo, y sobre todo amado de Cristo. ¡O descanso dichoso y paz suave del corazón, que el mundo no conoce, ni experimenta la prudencia de la carne, y que el pecador ignora totalmente! ¡Cuán deliciosa eres, cuántas grandezas se predicán de ti! Introdúcete en mi corazón, que te ama y desea tu casto desposorio (1).

Dios es caridad, dice San Juan; y el que vive de caridad está en Dios y Dios en él (2); porque el amor confunde las voluntades, confunde los pensamientos, confunde en uno dos seres: por ello, enseña San Agustín, que así como el que ama la tierra se hace tierra, el que ama á Dios se hace Dios (3). Dios ama al hombre, y la gran manifestación de su amor está en la Encarnación. Se hizo hombre y habitó con nosotros, y se dió á nosotros (4). El hombre que ama á Dios se acerca á él, se da á él, se hace como Dios. De esta manera, mutuamente enlazados por el amor y como confundidos, son como

(1) *Maximum charitatis est donum per quod utriusque vitæ intratur in requiem. Juxta charitatis gradum, pacis ac fruitionis requies prærogatur. Ubi deest charitas, abest pax mentis ac spes certa remunerationis æternæ. Est quidem mentis tranquillitas suave quoddam, jucundumque bonum, per quod conscientia impolluta servatur, propulsatur mœror, abjicitur diffidentia, erigitur in contemplatione animus, suimet possessor efficitur, propinquus fit Deo, lætus in se, amabilis proximo, atque præcipue dilectus à Christo. ¡O beata requies, ò cordis delicata tranquillitas, quam nescit mundus, carnis non experitur prudentia, et penitus peccator ignorat. ¡Quam suavis es, et quam gloriosa dicta sunt de te! Cordi meo, præcor, illabere, quoniam tui amator sum, et tuum contubernium habere concupisco. (S. Laur. Just. in festo Ss. Apost. Simon. et Judæ.)*

(2) I Joann. IV, 16.

(3) *Amando Deum efficitur Dii, ergo amando mundum, efficitur mundus. (S. Aug. Serm. 121 de Script.) Talis est quisque, qualis ejus dilectio: terram diligis, terra es; Deum diligis, Deus es. (Id. apud Lhonnier Bibliot. man. concion., tit. Charitas.)*

(4) Joann. I, XIV; Isai. IX, 6.

un solo ser con una misma felicidad. Esto buscó el primer hombre, creyendo á la serpiente, que le dijo: Sereis como dioses (1). Erró el camino, y no logró su objeto. ¿Podemos conseguirlo nosotros? Sí, Señores. Dios mismo nos enseña el medio: está en ese Sacramento augusto, en la sagrada Eucaristía, Sacramento de amor, vínculo de caridad y fuente inagotable de felicidad, que hace que por la Comunión el hombre se una á Dios, viva de Dios, sea como Dios.

SEGUNDA PARTE.

En el amor se encuentran dos pensamientos que le constituyen: unión con el amado; posesión del amado. El término es la unificación del amado con el amante (2). Examinad el amor, aun en el hombre de pasiones, en el que se deja arrastrar por el amor impuro, y descubriréis la verdad de lo que acabo de decir. No puede separarse un momento de su ídolo: lejos de él todo le es enojoso, nada le contenta; la vida misma le cansa y es pesada. En él piensa durante el día; en sus ensueños preocupa su fantasía. Ved con qué afán busca los objetos que le recuerdan su memoria; cómo imprime los labios en su imagen; con cuánta satisfacción usa las cosas que tocara su mano. Así engaña su deseo de alimentarse del objeto amado, de identificarse con él, y de formar de dos almas, de dos cuerpos, de dos personas, una sola. ¿No habeis meditado cómo una madre, cuando ha agota-

(1) Gen. III, 5.

(2) *Amor vim habet faciendi unum, et colligandi præstantique modo res inter se miscendi. (S. Dionys. de divin. nominib., cap. 4.)*